

# Bienvenidos a High Rising

ANGELA THIRKELL

Traducción de Inés Clavero

gatopardo ediciones 

Título original: *High Rising*

Copyright © The Estate of Angela Thirkell, 1933  
Published by permission of International Literary Properties LLC

© de la traducción: Inés Clavero, 2022  
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2023  
Rambla de Catalunya, 131, 1.º, 1.ª  
08008 Barcelona (España)  
info@gatopardoediciones.es  
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo, 2023

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó  
Imagen de la cubierta: Fragmento de un póster del año 1923  
ilustrado por Reginald Edward Higgins  
© Pictorial Press Ltd/Alamy Stock Photo  
Imagen de la solapa: Angela Thirkell (1938), fotografía de Howard Coster  
© National Portrait Gallery, Londres

ISBN: 978-84-125773-2-7  
Depósito legal: B-23427-2022  
Impresión: Liberdúplex S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**BIENVENIDOS A HIGH RISING**



## LA ENTREGA DE PREMIOS

La mujer del director se volvió en la butaca para hablar con la señora Morland, que estaba sentada en la fila de atrás.

—Sigo sin entender —dijo meditabunda— por qué da la impresión de que los pequeños son siempre grandes y los mayores siempre están escuchimizados. Los premiados de los dos primeros cursos eran chicos hermosos, normales, pero según hemos subido de clase, parecen todos críos de siete años, y encima tirando a canijos. Fíjate en el delegado de los de décimo, por ejemplo, ese que está subiendo al estrado.

La señora Morland miró hacia delante. Sobre el estrado, tras una pila de premios que menguaba a toda velocidad, estaba el director, flanqueado a ambos lados por el séquito de profesores asistentes, vestidos con las togas que habían conseguido reunir. Un muchachito enclenque con gafas subía a recoger sus premios.

—Ese es... Wesendonck —señaló la mujer del director—. Vaya un apellido para enviar al colegio al chiquillo. Un sol de criatura, hay que decirlo. Espero que pueda cargar con todos sus premios. Mira que le tengo dicho a Bill que los empaquete bien. El pobre Bill está casi afónico entre el resfriado y toda la palabrería de hoy. Espero que se las apañe.

En aquel preciso instante, la enorme pila de libros del señorito Wesendonck se escurrió de la mano del director. Tras un desesperado número de malabarismo, los libros quedaron esparcidos por el suelo en todas direcciones, para el regocijo de unos doscientos internos y externos. Los tutores acudieron en bandada al rescate. El señorito Wesendonck, dándose cuenta con gran aplomo de que por una vez sus enemigos naturales estaban allí donde les correspondía, arrastrándose por el suelo, se quedó de brazos cruzados, ajeno a la algazara de vítores e improperios que le dedicaban sus jóvenes camaradas desde las galerías del salón de actos. Rara vez han coincidido en tan propicio momento el tiempo, el lugar y tan desafortunado apellido. Pocas bromas eran graciosas, y ninguna original, pero todas eran fuente de profunda satisfacción y el caos reinaba.

—¿Bill no los va a regañar? —preguntó nerviosa la señora Morland, al ver al director contemplando despreocupado el tumulto, sin hacer el menor esfuerzo por sofocarlo.

—Dentro de un minuto más o menos —vaticinó la mujer del director—. Veo que está chupando una pastilla para la garganta. Cuando se la haya tragado, hablará. Y tampoco me entra en la cabeza —prosiguió, con una mirada de desaprobación puesta en la marabunta de profesores del suelo— por qué demonios en las novelas románticas las mujeres de los directores se enamoran de los profesores asistentes, o al revés, lo mismo me da. Fíjate en los nuestros.

—«Fíjate-en-el-laberinto-de-la-casa»<sup>1</sup>—murmuró la señora Morland.

En efecto, desde monsieur Dubois, el profesor de francés, que llevaba tanto tiempo en la escuela que los chicos ya lo despreciaban más por tradición que por convicción,

1. Cita de *The History of Henry Esmond* (1852), de William M. Thackeray. (En adelante, todas las notas son de la traductora.)

hasta el señor Ferris, la última incorporación a la plantilla, a quien la mujer del director siempre tomaba por algún alumno de último curso que hubiera pegado un buen estirón durante las vacaciones, no había rostro entre aquel muestrario de hombres excelentes, sumamente educados (o atléticos), trabajadores y aplicados que pudiera, *a priori*, causar un estremecimiento en el pecho de una mujer.

—Y aun así, la mayoría están casados —continuó la mujer del director— y los que no, prometidos. Será alguna ley de la Naturaleza, digo yo, aunque me gustaría que la Naturaleza cumpliera con uno de sus principios más famosos y aplicara la selección natural, porque no puede decirse que los profesores, dejados a su libre albedrío, se rijan por él. Lo que tengo que aguantar cuando invito a sus esposas a merendar...

Pero justo en aquel momento, el director se tragó la pastilla y, con el vozarrón de un brigada educado entre leones marinos, simplemente ordenó:

—¡A callar!

Se hizo un silencio instantáneo.

—Bill regaña de maravilla, ¿verdad? —le comentó su orgullosa esposa a la señora Morland—. Oye, Laura, espérate a que se marche toda la multitud de padres y ven a tomar el té conmigo. Tráete también a Tony, si te apetece.

—Muy bien, Amy, pero no puedo quedarme mucho tiempo. Tengo que conducir hasta la casa de campo.

Una vez entregado el resto de los premios sin contratiempos, muchachos y padres empezaron a salir en tropel del salón de actos. Laura se apostó junto a la puerta a esperar a su hijo, al que le costó reconocer con su horrendo cuello de Eton. Cuando Tony estaba a punto de ingresar en la escuela, Laura había llamado a la esposa del director, una vieja amiga suya, para saber si el uniforme de Eton, con el que por nada del mundo iba a permitirle a Tony

presentarse en casa, era realmente necesario los domingos. Amy le preguntó qué complexión tenía Tony, y al saber que era un muchachito fuerte y fornido, contestó:

—Ni hablar, irá hecho un espantajo con el uniforme de Eton. Lo mejor será que le compres un traje azul de sarga.

De modo que el cuello de Eton fue la única concesión a la respetabilidad de la escuela, lo que viene a demostrar la excelente mujer que era Amy Birkett. No obstante, dado que todos los niños se parecen como gotas de agua, con esos remolinos infinitos que arrancaban desde algún punto de la coronilla, esos carrillos redonditos y abultados y esos cogotes que aún conservaban cierto encanto del parvulario, no era tarea fácil localizar a Tony, especialmente habida cuenta de que la artificial pulcritud impuesta para la ceremonia de entrega de premios reducía a la escuela en pleno a un denominador común. Por fin, notó un tirón del brazo y Tony se materializó.

—Madre, ¿has oído el barullo que han armado los chicos cuando se han caído los libros del burro de Wesendonck? ¿Me has oído, madre? Estaba gritando: «Donk, burro y melón, vete al rincón». ¿Me has oído, madre?

Laura se preguntó, como tantas otras veces con sus tres hijos mayores, por qué la prole de una muestra cierta propensión a repeler el cariño materno a la primera de cambio con su presunción, su egoísmo y su aborrecible autocomplacencia. No obstante, reconociendo lo inevitable, contestó que sí, que lo había oído, y le pidió que recogiera sus cosas y después fuera a tomar el té al despacho del señor Birkett.

—Madre, ¿de verdad tengo que ir?

—¿Por qué no?

—¿A tomar el té con la señora Birky? Ay, madre, no creo que pueda. Me dirá que voy despeinado o a saber qué. Se pone hecha un basilisco si no vamos aseados.

Laura, preguntándose, igual que antes, porqué los hijos que una cría y educa con todo su cariño desarrollan una degradante ordinariéz, se limitó a repetirle la orden a Tony. La tierna carita de su hijo adoptó un aire de fastidio que, no obstante, se desvaneció en cuanto advirtió la presencia del señorito Wesendonck, rodeado de sus admiradas madre y hermanas. Al pasar a su altura, repitió en tono sonoro y abstraído su célebre pareado «Donk, burro y melón, vete al rincón», lo que le valió un ataque amistoso de la víctima del libelo. Los chiquillos desaparecieron por la zona de los internos en una maraña de brazos y piernas. Laura, embargada por cierto sentimiento de culpa para con la familia Wesendonck, se refugió en el aula donde alimentaban a la multitud de padres corrientes. El sargento de la escuela, un ser gigantesco, poderoso y amable, controlaba la puerta para impedir que los alumnos se colaran a rapiñar la merienda de los padres.

—Buenas tardes, sargento —saludó Laura—, ¿qué tal se porta Tony?

—Bien, señora Morland, aunque diría que no tanto como el pequeño Dick. Eso sí, habla por los codos. Tiene gracia, si lo piensa, porque sus hermanos mayores no eran precisamente caballeros parlanchines, parece que el pequeño Tony se llevó la palma. Con todo, el muchacho va bien. Espero verla en nuestro campeonato de boxeo el trimestre que viene, señora Morland.

Sin aguardar una respuesta, el sargento se zambulló en el aula de la merienda y sacó a un par de chiquillos agarrados por el cogote.

—Ni madre ni madra —dijo severo—, las órdenes son claras y ninguno de vosotros va a poner los pies en la sala de la merienda. ¡A tomar viento fresco!

Dejó pasar a Laura y se plantó cual Abadón, cerrando el paso a los muchachos de fuera.

Laura recorrió la sala donde servían el té, pero no vio a Amy por ninguna parte. En aquel momento, su buen amigo Edward se le acercó. Tras alistarse a los dieciséis años «por la compañía», Edward había encontrado su empleo ideal después de la guerra como factótum y amigo de todos en la escuela, donde la compañía que tanto le agradaba se renovaba constantemente. Sabía limpiar botas como el sirviente de un oficial y remendarlas como un auténtico zapatero; fregar cuchillos y afilarlos; arreglar bates, patines, raquetas y cámaras; cortar el pelo; entonar todas las canciones populares habidas y por haber; reparar la radio del director y conducir su automóvil. Cuando todo el personal de la cocina contrajo la gripe, ¿quién sino Edward estuvo dos días al pie del cañón cocinando ternera y empanadillas hervidas en el perolón de cobre? Cuando, durante la misma epidemia, el sanatorio no daba abasto, ¿quién sino Edward hizo turnos como enfermero nocturno en el hospital provisional y arrulló a los convalecientes con unos cánticos de Flanders de lo más inapropiados? O en aquella feliz ocasión en que la central eléctrica local falló y hubo un apagón en la escuela, y los Birkett estaban fuera, y Johnson y Butters se chocaron en un pasillo a oscuras en el que no pintaban absolutamente nada, y Johnson sangraba del labio y Butters tenía una ceja abierta, ¿quién sino Edward tuvo el acierto de coger el coche de un profesor, llevarlos a todo correr a la casa del médico para que les diera unos puntos, y volver tan deprisa que nadie tuviera tiempo de pensar en ninguna trastada seria? Circulaba incluso una historia que aseguraba que, durante una emergencia, Edward había asumido las funciones de niñera en el cuarto de las niñas de la señora Birkett y había paseado a sus dos hijas en un cochecito. No obstante, se consideró que con aquel gesto había llegado demasiado lejos y la escuela prefirió taparlo. A nadie le gustaba relacionar a Edward con aquellas dos

niñas grandotas y desgarradas llamadas Rose y Geraldine. Al menos ese era el sentir de los jóvenes caballeros de Inglaterra.

—En caso de que estuviera buscando a la señora Birkett —dijo el omnisciente Edward—, se ha marchado a casa y espera que vaya usted a reunirse allí con ella. Ha dicho que ya no podía aguantar a más padres y madres, ya me entiende, señora.

Laura le dio las gracias y serpenteó entre el enjambre de padres para abrirse camino hacia la vivienda del director, donde encontró a Amy en el despacho.

—Bill estaba tan agotado y afónico que lo he mandado a tumbarse un rato —explicó Amy—. Creo que está algo griposo. Anda, siéntate y cuéntame cómo está la familia. ¿Qué tal le va a Gerald por China?

—El que está en China, o al menos en algún sitio de la base china, sea lo que sea esa cosa, es Dick. Le gusta bastante y le encanta el barco.

—Ah, Gerald es el de Birmania, entonces. Dime, ¿cómo le va?

—No, ese es John. Le va muy bien. Espera estar de vuelta para las próximas navidades. Gerald es el explorador. Le ha salido un trabajo bien pagado con unos americanos en México, dice que se lo pasa en grande. A mí me suena fatal.

—Lo siento, querida, siempre me equivoco con tu familia. Es muy confuso que tengas cuatro chicos. Para cuando por fin me he acostumbrado a un Morland pequeño, nos deja su hermano mayor y llega otro más pequeño, y entonces se convierte en el mayor y tengo a otro pequeño nuevo. Tremendamente confuso. Bueno, me alegro de que les vaya bien. Ahora las cosas son más fáciles, ¿verdad?

—Si te refieres al dinero, sí. Gerald y John ya son independientes, benditos sean, y Dick casi. Así que no

me cuestan prácticamente nada, excepto los regalos y las vacaciones cuando vuelven a casa. Ahora solo me queda Tony.

—Pero conseguirá becas, como Gerald.

—Tony tiene una espléndida resistencia innata a cualquier tipo de aprendizaje —dijo Laura, resignada—. Supongo que se dedicará a criar cerdos.

—Así podrás vivir del beicon y trabajar menos. ¿Sigues escribiendo?

—Bastante. Pero ahora es mucho más fácil que cuando tenía a los tres en la escuela y a Tony en casa. Hasta estoy ahorrando para mi vejez.

—¡Adelante! —dijo Amy, al oír un golpe en la puerta.

Tony entró en la habitación. Saltaba a la vista que había usado una brillantina ajena. Una zigzagueante raya en medio le cruzaba la cabeza, y a ambos lados el pelo le caía relamido y brillante. Desprendía un fuerte olor a miel sintética y a flores.

—¡Serás marrano! —exclamó Amy—. ¿Qué demonios has hecho? Tómate un té.

Tony parecía estar acostumbrado a la mujer de su director, pues no manifestó la menor turbación y, mientras se sentaba, respondió:

—Solo es un poco de gomina de Johnson, señora Birkett. Me la han echado dos tipos y yo me la he peinado. Señora Birkett, ¿ha oído el barullo cuando se han caído los libros de Wesendonck? Me he puesto a gritar como un descosido.

—¿Que si lo he oído? Ya lo creo, le habéis reventado los tímpanos al señor Birkett y ha tenido que acostarse.

Tony pareció compungido.

—Si esto no fuera una merienda de final de trimestre y no quedara una semana para Navidad, te mataría, Tony —dijo Laura—. Mírate el traje.

Efectivamente, el afán con el que los dos tipos anónimos habían aplicado la gomina era visible en el cuello, la chaqueta y el chaleco de Tony.

—Ah, no pasa nada —dijo Tony—. Hemos limpiado lo que quedaba por el suelo con los pantalones de gimnasia de Swift-Hetherington y después ha aparecido la supervisora y se ha puesto como un basilisco.

—En fin, gracias al cielo que te marchas —dijo la mujer del director.

—Vendrás un par de días de visita estas vacaciones, ¿verdad, Amy? —preguntó Laura mientras se daban un beso de despedida.

—Me encantaría. Bill se marcha con las niñas dos semanas a Suiza. Ya te confirmaré las fechas, iré a pasar un par de noches.

—Recuerdos a Bill. Espero que se recupere.

—Descuida. No es más que el cansancio acumulado de final de trimestre, más los quebraderos de cabeza causados por una secretaria estúpida. Este verano pensábamos que teníamos a una mujer fantástica, pero al empezar el trimestre se volvió loca y tuvimos que cambiar, lo que ha implicado una barbaridad de trabajo suplementario.

—Qué mala pata.

—Adiós, Tony, felices vacaciones.

—Adiós, señora Birkett, y muchas gracias por invitarme a merendar —se despidió Tony, con un aire tan angelical que su madre tuvo que concentrarse en el aspecto lamentable de su pelo y su traje para contenerse y no achucharlo en ese mismo instante.

Laura y Tony subieron al coche y emprendieron los veinte kilómetros de camino a casa.

—Bueno, tesoro, qué contenta estoy de volver a verte —dijo Laura mientras ganaban velocidad.

—Ya —dijo lacónico Tony—. Esto... Madre, ¿cuántos años tienes realmente?

—Cuarenta y cinco reales, pero no siempre aparento mi edad.

—Menos mal —contestó Tony, con tal tono de alivio que Laura tuvo que preguntar por qué—. Swift-Hetherington ha dicho que él sabía la edad de su madre y que se apostaba algo a que yo no. Así que yo he apostado a que la mía era mayor que la suya, y tenía razón.

—¿Y qué ganas? —preguntó Laura, divertida.

—No gano nada, madre —contestó exasperado Tony—. Solo era una apuesta.

—Ah, claro.

Era obvio que, a pesar de su confusa fraseología, el vicio de apostar no estaba arruinando la vida de Tony.

—Por cierto, madre, ¿vamos a pasar las navidades en el piso o en la casa de campo?

—Ah, ¿no te lo he dicho? En la casa de campo.

—Vaya. Obviamente dejé el tren en el piso y resulta que había hecho planes especiales para jugar con él estas vacaciones. Podía pasar.

Tony se sumió en las profundidades de la melancolía.

—Resulta que también lo he tenido en cuenta, Tony, y te he traído el tren. Está en la parte de atrás.

—Gracias, madre, pero me temo que no sirve de nada. No puedo jugar a menos que tenga un cambio de vía con escape a la derecha, y para conseguirlo necesito mi libreta de ahorros y el catálogo del tren. Eso es todo, no tiene remedio.

—Lo cierto es que encontrarás el catálogo en la caja del tren. Y también he tenido el detalle de traerte la libreta de ahorros.

—Gracias —dijo Tony, y se abandonó a un sueño místico de nuevos circuitos ferroviarios a una escala más ambiciosa que antes.